

VIAJE A CEILÁN Y MALDIVAS

PRÓLOGO

Viajeros errantes, místicos y navegantes nos hablan con entusiasmo desde tiempos remotos, de las islas prodigiosas que se encuentran al sur del subcontinente indio.

En el siglo **IV**, un monje chino, Fa-Hian, viajó a Ceilán, vivió en monasterios y asistió a grandes fiestas religiosas. Nos habla de un reino fabuloso cuyos habitantes son buenos y piadosos, donde no hay magistrados, ni leyes, ni suplicios. Allá no se alimentan de ningún ser vivo. No hay tabernas. Viven felices en la abundancia y en la alegría bajo un clima en el que el frío y el calor se templan mutuamente. Fue feliz en aquel país rico, con gentes compasivas y cultas que amaban la justicia y las discusiones filosóficas.

Solimán de Basora vio, en las aguas que separan Ceilán de la India, tortugas gigantes, cocodrilos, e incluso un enorme tiburón que tenía en sus entrañas a otro, que a su vez había engullido a un tercero. «El mar», escribe, «era rabioso y apocalíptico, con trombas furiosas que destrozaban las naves», sembrando las aguas de tragedia y soledad.

Benjamín de Tudela, en el siglo **XII**, recorrió el mundo durante catorce años. Su curiosidad de viajero intrépido le llevó más allá de su objetivo primordial de visitar las comunidades judías de las distintas partes del mundo entonces conocido. Visitó la India y también Ceilán, que llama la tierra de la pimienta, la canela y el jenibre, de los que adoran al sol y contemplan los astros. En Ceilán encontró fanáticos adoradores del fuego.

Benjamín de Tudela describe un truco peculiar en caso de naufragio, tan frecuente en aquellas latitudes:

«...Se toman muchas pieles de buey. Si el viento o las olas hacen naufragar se mete uno dentro de estas pieles, las cose por dentro para que no penetre el agua y se lanza al mar. Entonces acuden las águilas gigantescas,

llamadas grifos, que las atrapan con sus garras y transportan a una montaña para devorarlas. Es el momento de tener preparado el cuchillo, matar al águila y huir rápidamente antes de que llegue otro de estos horribles animales...». Muchas personas, asegura, se han salvado de esta manera.

Marco Polo habla de Ceilán como país de rubíes, zafiros, topacios, amatistas, granates, ópalos y ágatas. El rey del país poseía en aquella época un rubí de un palmo de largo y grueso como el brazo de un hombre. El Gran Kan intentó comprárselo, pero no le fue posible, a pesar de ofrecerle en pago una ciudad entera.

«...Los diamantes abundaban en montañas habitadas por águilas y serpientes. Los mineros tomaban pedazos de carne y los arrojaban a precipicios donde nadie podía bajar. Al caer la carne, los diamantes quedaban adheridos a ella. Las águilas se abatían sobre las piezas de carne. Los mineros hacen gran ruido cuando vuelan las águilas sobre ellos y consiguen que a veces tiren su presa... Cuando comen la carne hay que esperar que la digieran...

Marco Polo, tras un segundo viaje a Ceilán, describe a los nativos como hábiles comerciantes y como gente respetuosa con los animales y de profundas creencias religiosas. Visitó el sepulcro de Adán en el pico más alto de la isla.

La noticia más antigua de las islas Maldivas quizá sea la de Ibn Batutah, navegante tangerino, que las describe gobernadas por una mujer. Existía allí un floreciente comercio de hilo de coco. Fue investido como juez y casó con tres mujeres. Sus éxitos sentimentales desataron la cólera del visir y debió abandonar precipitadamente su residencia. En Ceilán, también él visitó el sepulcro de Adán.

La famosa huella de un pie en la cima del monte más sagrado de Ceilán, dejada por Buda, por Adán, por Shiva o por Tomás Apóstol, según diferentes tradiciones, ha sido muy controvertida. Batutah dice que mide once palmos; otro historiador asegura que mide 69 codos; un tercero afirma que un pie estaba aquí, pero el otro se hundía en el océano Índico.

Como otros viajeros, Batutah describe a un animal monstruoso, mitad león, mitad ave, que podía arrastrar elefantes con sus garras. Observó grandes

manadas de monos barbudos, sometidos a un gobierno monárquico, dirigidos por un rey que se coronaba con hojas de árboles.

A partir del siglo XVI se multiplican las noticias de viajeros. François de Pirard vivió siete años en las Maldivas estudiando su religión y costumbres; François Bernier, médico de la corte de Luis XVI, permaneció doce años entre India y Ceilán; Kaempfer, de Westfalia, médico naturalista, estudió la flora de aquellas tierras.

Los viajeros hablaron de grandes imperios y migraciones. Las proezas de divinidades dejaron paso a actos de los hombres, y los monstruos a los animales conocidos. Pero Ceilán y sus islas vecinas jamás han perdido su aura de sacralidad. El pico de Adán, favorecido por visitaciones divinas, sigue siendo, como el Annapurna, el Sinaí o el Demavênd, uno de los vasos comunicantes entre la tierra de los hombres y el cielo de los seres sobrenaturales. Allí cayó Adán, allá estuvo el Paraíso terrenal. Las fábulas se han disipado, pero los prodigios místicos no han perdido, en Ceilán, ese magnetismo que hace volver a los occidentales la mirada hacia Oriente cuando, a veces, sienten confusos anhelos de remontarse hacia unos orígenes perdidos.

Primera Parte

Capítulo primero

Ceilán es un privilegio para dioses. Pocas islas han sido más bautizadas y cortejadas: la resplandeciente, la perfumada, la perla fresca sobre el pecho de la India, el país del jacinto y del rubí; isla de leyendas, magia y misterio, gota de oro celestial sobre la tierra...

Todo es ardor vegetal, pujanza, exuberancia. La vegetación sepulta ciudades enteras que duermen así durante siglos. La jungla y el cingalés tienen raíces muy fuertes y entrelazadas. Al menor descuido, la jungla sepulta ciudades o el cingalés invade sus dominios.

Pisar esta tierra produce una euforia especial y una rápida desconexión de otros mundos.

¿Para qué se viene a esta tierra? Hay sin duda muchas respuestas. En el vuelo Zurich-Colombo escuchó algunas opiniones mientras quedan atrás cordilleras y mares. El minúsculo mundo del avión se llena de ilusión y proyectos. Adriano, con ánimo aventurero, recorrerá en taxi-guía junglas inhóspitas; Albert y Catherine van a una comunidad del centro de la isla, para compartir vivencias, un año más, con diez amigos. Confluyen allí después de vivir separados diez meses. Eva es profesora de psicología en una universidad alemana y se interesa por el budismo y por las formas de vida de los pueblos primitivos.

* * *

La primera sensación de Ceilán deja como una neblina tenue, dulce, pegajosa, un velo que permite observar y es imposible arrancar. Termina Europa pulcra y empieza Asia desastrada con su bullicio, sus lisiados, mendigos y vendedores en quince idiomas. Colombo huele a sándalo, almizcle y aceite de coco. Alguna vez he sido recibido con guirnaldas de melifluas flores amarillas. El día, en la plenitud de su luz, es crujiente, esclavizador. Deja la vida en silencio y es difícil moverse. Reina el dios Sol. *Lanka* significa país resplandeciente.

Colombo es poco conocida por la nefasta primera impresión que produce. La carretera, en el trayecto desde el aeropuerto, es ya un corte vergonzoso al paisaje de largas alfombras de hierba verde, cocoteros, flores y loritos silvestres. La pujanza vegetal, la sinfonía de colores de los arrabales se interrumpen discordantemente al llegar a la ciudad: mareas humanas, basura, hedor, carros destortalados, barracas, casas ruinosas pobladas por cuervos... El contraste es duro, la realidad horripilante. Muchas personas no llegan a aceptarla. Cometen un error.

En el barrio del fuerte, hoteles de muchas plantas se levantan entre casuchas destortaladas. Al lado de vehículos modernos avanzan el pintoresco rickshaw y carretas de bueyes. Sobre los jardines floridos vuelan negros cuervos.

El barrio se resiste a la invasión del mundo moderno. A la puerta del gran banco están el vendedor de betel y el encantador de serpientes. Delante del hotel echan la buenaventura, se pasea un santón peregrino y un zapatero extiende su género sobre la acera.

El barrio viejo se relaja en amplias calles de sello inglés que han sido asimiladas por el estilo occidental. Chatham street, York street, a cuyo extremo se encuentra el embarcadero romántico de las viejas navieras. Todavía puede verse en él un gran mural que representa Galle con sus murallas, faro, torre del reloj, y paseantes con vestidos de época; otros cuadros pequeños enseñan los pájaros, fieras y flores de la isla.

Galle-Face es un antiguo hipódromo que mira al mar Arábigo. Este amplio paseo es un remanso de silencio en la ciudad ajetreada. Al atardecer, minúsculas luces de carburo iluminan tenderetes improvisados de frutos secos, betel, papayas, mangos, aguacates. Cuando el sol se va, cae un extraño silencio que aviva la sensación de intimidad. Desde el césped, unos enamorados miran al mar.

El paisaje crepuscular, en Galle-Face, tiene propiedades hipnóticas. Las sombras se alargan con rapidez, las nubes son brasas violáceas. El aire está estancado y flota en él un polvo amarillo pajizo. Una neblina suave invade las aguas. La imaginación se inquieta y el mar, nuestro confesor, acoge y calma, en el silencio y las brumas de su lejanía, una repentina ansiedad de sueños inalcanzados.

Las calles van vaciándose al caer la noche. Los rickshaws ruedan sin pasajeros, avisados banqueros callejeros ofrecen rupias en el mercado negro, mendigos y mutilados montan guardia a la puerta del hotel.

Pasean a un niño que no tiene brazos ni piernas en un carrito demasiado amplio para que no pierda a veces su frágil equilibrio y se golpee. Sus amiguitos lo levantan y siguen pidiendo limosna. El niño llora.

Las olas dominan ruidosamente la noche. Estas aguas saben de conquistadores, aventureros y piratas. Dicen aquí que el día es de los hombres y la noche de los dioses.